

La China de la juventud invisible: nostalgia digital y escape

Mientras Xi Jinping celebra el poder de China, millones de **jóvenes luchan contra la inseguridad y se refugian en la nostalgia digital. Un viaje al corazón de la crisis generacional.**

ANDREA FERRARIO -23 DE SEPTIEMBRE DE 2025

A las 9:50 de la mañana, un joven con sombrero de paja, gafas y auriculares abre la puerta de cristal del segundo piso de un edificio anodino en la zona industrial del sur de Pekín. El código fue enviado a su móvil por "el jefe", pero no hay rastro de él. Li Zhijun entra en lo que parece una oficina normal: suelos de moqueta, escritorios, fría iluminación de neón. En la entrada, unas letras blancas anuncian "Empresa-simular-trabajo". Porque Li, al igual que sus colegas imaginarios, paga cuatro euros al día para sentarse allí y simular una jornada laboral. Internet, té y aperitivos incluidos. Tiene cuarenta y un años y dejó su trabajo como diseñador hace tres meses porque las condiciones se habían vuelto insostenibles. Ahora especula en la bolsa viendo las curvas en la pantalla, acepta pequeños encargos como freelance y le dice a su familia que trabaja por cuenta propia. Técnicamente, es cierto.

Las oficinas falsas se están multiplicando por toda China, desde Shanghái hasta Chengdu. El fenómeno cobró fuerza después de que el desempleo juvenil alcanzara el 21,3 % en 2023, lo que llevó a Pekín a cambiar su método de cálculo para obtener cifras menos comprometedoras. Para julio de 2025, la cifra oficial había descendido al 17,8 %, pero muchos economistas creen que la realidad se acerca al 30 % si se tienen en cuenta el subempleo y la precariedad laboral. Li se encuentra entre los mayores de 35 años, automáticamente excluidos del mercado laboral: «Las empresas prefieren contratar a jóvenes, con pocas exigencias y bajos salarios, que [pueden leer en la aplicación](#) ⁷ dan ser contratados de inmediato», explicó al periodista del Süddeutsche Zeitung que lo entrevistó. La presión competitiva es tal que algunas empresas realizan entrevistas de

tres minutos, tiempo justo para decir que no.

La paradoja de la oficina falsa revela la esencia del problema contemporáneo de China.

Mientras Xi Jinping organiza desfiles militares y demuestra la fuerza del país en el extranjero, millones de personas pagan para fingir que aún tienen un lugar en la sociedad productiva. La dignidad del trabajo se ha transformado en una representación teatral, donde la escenografía por sí sola basta para sentirse parte del mundo. Zhou, un treintañero que dejó su segundo trabajo en pocos meses, viaja una hora y veinte minutos para llegar a la oficina falsa y ocultar su desempleo a su madre viuda. «Si esto se alarga demasiado, tendré que decírselo», admite con voz temblorosa, escribe el periodista del Süddeutsche Zeitung.



Al mismo tiempo, los jóvenes chinos están descubriendo otro refugio: gimnasios abiertos las 24 horas transformados en dormitorios improvisados. Por 200 yuanes al mes, unos 25 euros, se puede obtener una membresía que da acceso a duchas, colchonetas de yoga que también sirven como colchonetas y el sonido de los aparatos que se convierte en ruido blanco para dormir. He Liuliu, empleada de una startup de Pekín, se apuntó a un gimnasio encima de su oficina solo para dormir allí durante su hora de almuerzo. "Es mejor que una habitación por horas", declaró a Radio Free Asia. Después de las 10 p. m., cuando todos se van, el gimnasio entero se convierte en una suite de lujo. El fenómeno incluso ha dado lugar al término "tour nacional del sueño", porque quienes son miembros de una cadena pueden dormir en cualquier ciudad sin preocuparse por el alojamiento.

La nostalgia como lenguaje político

Mientras algunos jóvenes pagan para simular que trabajan, otros han encontrado una forma más sutil de expresar su malestar a través del lenguaje visual. La estética de la nostalgia ha invadido las redes sociales chinas con una fuerza que ha sorprendido incluso a los censores. El hashtag "belleza de los años del boom" ha generado más de 10 mil millones de visualizaciones en todas las plataformas, acompañado de imágenes granuladas de centros comerciales vacíos, pasillos iluminados con neón y pantallas de televisión cubiertas de nieve electrónica. El fenómeno del "Dreamcore chino" transforma las imperfecciones técnicas del pasado en detonantes emocionales, utilizando inteligencia artificial para reconstruir atmósferas de las décadas de 2000 a 2010 que parecen surgidas de un sueño perturbador. Creadores como @Stephen Huojing y @Jianjiaoqing AI han construido universos virtuales enteros poblados de objetos gigantescos, teléfonos de botón del tamaño de edificios y arquitecturas imposibles que evocan una época pasada.

El poder de este movimiento estético reside en su capacidad para eludir la censura mediante el lenguaje visual. Si bien hablar abiertamente de la crisis económica puede resultar en la eliminación de contenido, compartir la nostalgia por el maquillaje colorido y la moda llamativa de la década del 2000 pasa desapercibido. El contraste es deliberadamente marcado: las jóvenes de entonces usaban camisetas sin mangas y pantalones cortos, maquillaje vibrante y lápiz labial intenso, mientras que hoy prevalecen las faldas largas, las capuchas con protección UV y la ropa que oculta el cuerpo. "Es como si se estuvieran protegiendo de un mundo más duro", escribe una usuaria de RedNote. La moda se convierte en una metáfora de una actitud existencialista: de la exhibición a la ocultación, del optimismo a la defensiva.

El dreamcore chino representa una forma sofisticada de resistencia cultural que utiliza la tecnología para procesar el duelo colectivo. Los algoritmos de inteligencia artificial permiten la creación de escenarios imposibles donde la realidad se doblega ante los deseos: habitaciones que se transforman, objetos que levitan, arquitectura que desafía la gravedad. Este contenido atrae principalmente a quienes nacieron entre 1990 y 2010, una generación que experimentó la explosión digital, pero que ahora se ve agobiada por la competencia y la inseguridad. Esta reconstrucción nostálgica no busca la precisión histórica, sino la creación de una experiencia estética que dé forma a sentimientos que de otro modo serían inexpresables. El pasado se altera y distorsiona deliberadamente

para lograr un efecto más poderoso que el simple recuerdo.

El aspecto más significativo de este fenómeno es su lenguaje político implícito. Millones de usuarios han compartido contenido con subtítulos como "Puedes volver atrás, pero nadie te espera" o "Te despiertas y es la tarde de 2008", expresando una crítica del presente que va más allá de la nostalgia individual. La popularidad del dreamcore coincide con momentos de mayor tensión social. Las visualizaciones alcanzan su punto máximo en verano, cuando millones de recién graduados se encuentran con la imposibilidad de encontrar trabajo. El fenómeno se ha extendido tanto que ha impactado el marketing comercial, con marcas como Giorgio Armani, Tom Ford y Valentino patrocinando publicaciones con temática de los "años de bonanza", mientras que las tiendas de Taobao venden productos etiquetados como "clásicos del milenio renacidos".

La transformación del dreamcore, de una subcultura de nicho a una tendencia dominante, revela la magnitud del descontento juvenil en China. Lo que comenzó como un experimento estético se ha convertido en un movimiento cultural que abarca los videojuegos, la música e incluso el cine de autor. El éxito del juego "No One", ambientado en el universo Dreamcore y con 10.000 copias vendidas en su primera semana, demuestra cómo esta estética ha encontrado un mercado más allá de las redes sociales. En un país donde la expresión directa de la disidencia es imposible, el dreamcore ofrece un canal de comunicación indirecto pero efectivo, transformando la melancolía en resistencia cultural.

El cuerpo como último campo de batalla

La búsqueda de control que impulsa a los jóvenes a reconstruir su pasado a través de filtros digitales encuentra una expresión aún más directa en la transformación de sus cuerpos. El mercado chino de cirugía estética alcanzará los 300 mil millones de yuanes en 2024, cuadruplicándose desde 2015, con un crecimiento anual previsto del 10 % en los próximos cuatro años. El auge de este sector coincide con el aumento del desempleo juvenil y refleja una generación que, incapaz de cambiar las circunstancias externas, busca transformarse. Los procedimientos más solicitados entre los jóvenes son la blefaroplastia para crear un párpado doble, el aumento del puente nasal con implantes y las inyecciones para adelgazar el rostro. La cirugía estética se ha convertido en un rito de iniciación estival, y muchos estudiantes se someten al procedimiento después de

graduarse de la escuela secundaria o durante las vacaciones universitarias, cuando tienen tiempo para recuperarse de las miradas indiscretas.

La presión social, amplificada por las redes sociales, transforma defectos imaginarios en obsesiones tangibles. Las plataformas digitales exponen constantemente a los jóvenes a estándares de belleza uniformes e inalcanzables, alimentando el deseo de ajustarse a modelos estéticos estandarizados. El "rostro de bebé", caracterizado por ojos grandes y mentón pequeño, se ha convertido en el ideal dominante, impulsando a miles de chicas a buscar este estándar mediante la cirugía. Los expertos observan una transformación en el comportamiento de las jóvenes pacientes. Mientras que antes se limitaban a corregir defectos congénitos, hoy presentan peticiones específicas inspiradas por influencers y celebridades, a veces proponiendo modificaciones extremas como orejas puntiagudas de duende o pómulos anormalmente pronunciados.



La cirugía estética juvenil revela una profunda paradoja en la sociedad china contemporánea, donde una generación criada para creer en el mérito y el compromiso descubre que la apariencia puede ser más importante que las habilidades. Invertir en la apariencia física se convierte en una estrategia de supervivencia social y económica, donde el capital estético compensa la falta de oportunidades profesionales. Sin embargo, esta búsqueda de la perfección a menudo decepciona las expectativas, generando nuevas frustraciones y adicciones. Los casos de complicaciones y resultados insatisfactorios se multiplican, al igual que los intentos de corregir procedimientos fallidos. La transformación del cuerpo se convierte en una metáfora de la impotencia ante un sistema que aparentemente no ofrece alternativas, donde la automodificación parece ser

la única forma de control restante en una realidad por lo demás inmutable.

Las matemáticas de la desesperación

La búsqueda de una transformación física inmediata, sin embargo, choca con una realidad matemática implacable. Las cifras de la competencia laboral en China revelan la verdadera magnitud de una crisis que va mucho más allá de las percepciones individuales. Por ejemplo, la Corporación Nuclear Nacional de China recibió 1.196.273 solicitudes para 1.730 puestos clave en abril de 2025, una proporción de 692 solicitantes por cada puesto disponible. La publicación celebratoria de la empresa estatal en redes sociales fue recibida con amargura por los jóvenes chinos, que la vieron como una confirmación matemática de su difícil situación. Las probabilidades de ser contratado por esta empresa son menores que las de ingresar a Harvard, mientras que la competencia por los puestos del sector público ha alcanzado niveles surrealistas: 3,4 millones de candidatos se presentaron a los exámenes de la función pública en 2025, una proporción de 86 a 1, y algunos puestos atrajeron más de 16.000 solicitudes. En el Tíbet, la competencia se acerca a los 150 solicitantes por puesto, convirtiendo el empleo en el sector público en una lotería nacional.

Este año, China produjo 12,22 millones de graduados universitarios, la cifra más alta de la historia, un aumento de 430.000 en comparación con 2024. Esta masa de jóvenes con formación se enfrenta a un mercado laboral devastado por la guerra comercial con Estados Unidos, la creciente automatización y la deflación que afecta al consumo interno. Las doce industrias con mayor intensidad laboral eliminaron 3,4 millones de empleos entre 2019 y 2023, tras haber perdido ya 4 millones en la década anterior. El sector textil redujo la creación de nuevos empleos en un 40 %, mientras que en las fábricas que permanecieron abiertas, el trabajo flexible representa ahora el 31 % del empleo total. Los gigantes tecnológicos que inspiraron los sueños de los jóvenes ahora están recortando personal. Un ejemplo es Baidu, el principal motor de búsqueda de China, que redujo su plantilla en un 21 % entre 2021 y 2024.

Las definiciones estadísticas incluyen como "empleado" a cualquiera que trabaje incluso una sola hora a la semana. Más de 200 millones de chinos tienen trabajos precarios, y 10 millones de repartidores de comida se convierten en el símbolo más visible de esta economía incierta. El 20% de los conductores de las principales plataformas tiene título universitario, mientras que al menos 70.000 tienen una

maestría, lo que crea la paradoja de una generación de médicos que recorren las calles con neveras portátiles, testimonio del fracaso de las promesas educativas del país.



La carga demográfica de esta crisis supera las cifras, considerando que los jóvenes de entre 16 y 24 años representan solo el 7% de la fuerza laboral total, pero constituyen el 26,7% de la población y contribuyen con el 29,1% del consumo nacional. Su reducido poder adquisitivo alimenta la espiral deflacionaria que agrava aún más el desempleo, mientras que el 87% de los menores de 30 años acumula deudas sin perspectivas de ingresos estables. Ante esta situación, muchos optan por huir, como lo demuestra el número de solicitudes de asilo político de ciudadanos chinos, que se han multiplicado por doce desde la era de Hu Jintao, alcanzando las 120.000 en 2023, mientras que casi 25.000 personas intentaron entrar ilegalmente a Estados Unidos a través de la frontera sur en 2024.

De la meritocracia a la brujería: el nuevo culto al trabajo fijo

La despiadada matemática de la competencia laboral ha generado una consecuencia cultural aún más profunda que el simple desempleo. La sociedad china en su conjunto ha invertido sus valores fundamentales, abandonando el ideal emprendedor que había caracterizado el crecimiento económico del país. En las décadas de 1990 y 2000, el mercado reinaba por encima de todo, y la creación de riqueza, por inescrupulosa que fuera, otorgaba prestigio social. Jack Ma encarnó el sueño colectivo de una generación que creía en el riesgo empresarial como camino al éxito. Hoy, esa misma generación impulsa a sus hijos hacia los exámenes de la función pública, donde los salarios modestos se ven contrarrestados por una estabilidad que el sector privado ya no puede garantizar.

Esta inversión de valores ha transformado el ideal emprendedor en una nostalgia por la seguridad burocrática. La generación que celebró a Jack Ma y el riesgo empresarial en los años 90 ahora está impulsando a sus hijos hacia la administración pública, donde los salarios modestos se compensan con la estabilidad que las empresas ya no ofrecen.

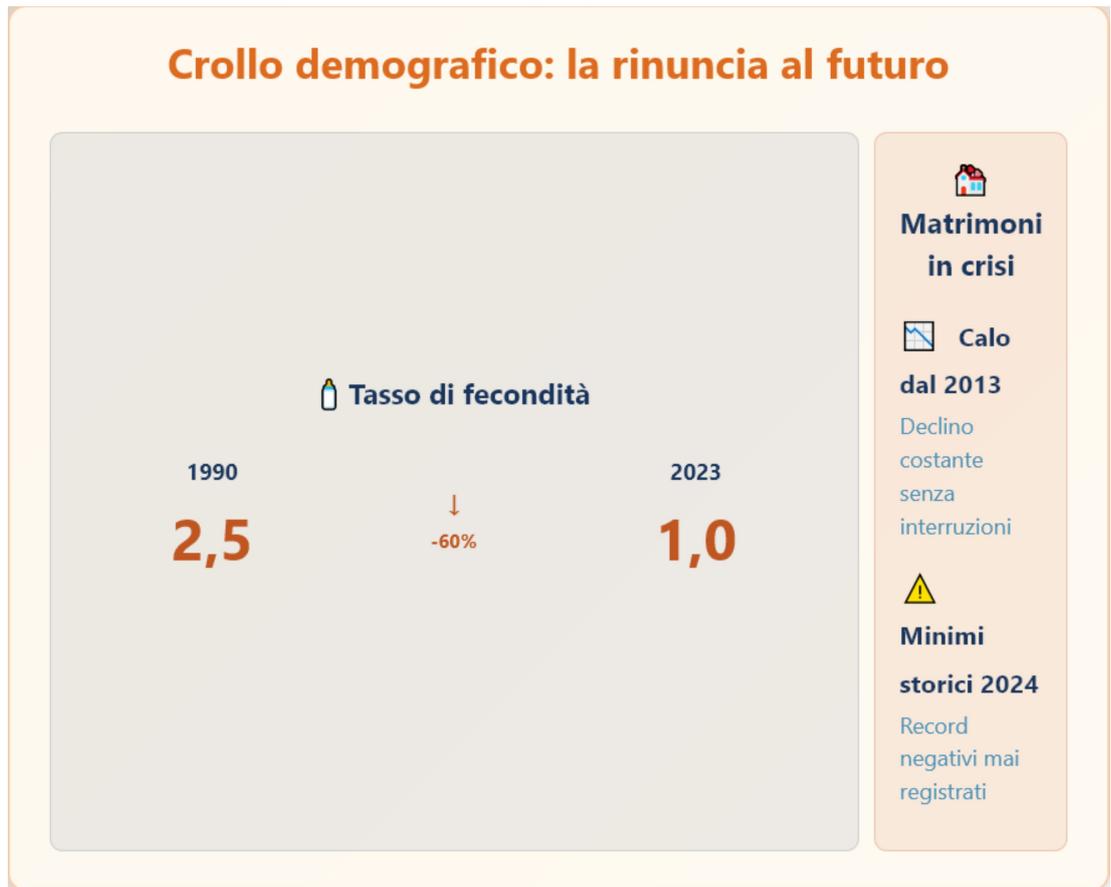
El fenómeno revela el colapso de la confianza en el sistema económico en favor de la burocracia gris, detestada pero percibida como un salvavidas. Esta búsqueda de seguridad coincide paradójicamente con el momento de mayor fragilidad de las finanzas públicas, cuando el propio Estado lucha por sostener el crecimiento. Los jóvenes, que acuden en masa a las ofertas de empleo, prefieren el miedo a la ambición, prefiriendo la mediocridad garantizada a la excelencia arriesgada. La feroz competencia por puestos mal remunerados revela una generación dispuesta a aceptar cualquier condición para escapar de la incertidumbre del mercado.

El sueño chino se ha reducido a la búsqueda de un puesto ministerial, donde el objetivo ya no es crear valor, sino mantener la posición. Esta mentalidad defensiva permea a toda la sociedad: los jóvenes ya no sueñan con fundar empresas ni amasar fortunas, sino que aspiran a entrar en un sistema que garantice la previsibilidad en un mundo cada vez más incierto. El regreso a la lógica del poder administrativo marca el fin de la era de optimismo económico de China y el comienzo de una era de conservación en lugar de expansión.

La disminución de la población como un ataque biológico

Refugiarse en la seguridad burocrática representa solo una forma de renuncia que caracteriza a esta generación, pero la más radical es la que afecta la propia continuidad biológica. La tasa de fertilidad en China se ha desplomado de 2,5 hijos por mujer en 1990 a 1 hijo por mujer en 2023, un descenso que ha llevado al gobierno a introducir subsidios nacionales para el cuidado infantil e incentivos fiscales para la paternidad. Sin embargo, estas medidas económicas chocan con una realidad más compleja: muchos jóvenes chinos han dejado de desear tener hijos, independientemente de sus recursos económicos. Las tasas de matrimonio han ido disminuyendo de forma constante desde 2013 y alcanzaron mínimos históricos en 2024, mientras que el deseo de tener hijos ha disminuido incluso entre las familias adineradas. A diferencia de algunos países europeos donde los jóvenes aspiran a tener dos o más hijos, pero se enfrentan a obstáculos prácticos, muchos chinos simplemente han renunciado a la aspiración misma

de la paternidad.



La crisis demográfica revela una profunda brecha generacional en la percepción del futuro. Mientras que las generaciones anteriores vieron el trabajo duro como resultado una movilidad social ascendente, las investigaciones muestran que la movilidad ha disminuido entre las generaciones nacidas después de la década de 1970. Los jóvenes perciben la vida como una cadena de montaje que no lleva a ninguna parte, un viaje agotador que no ofrece estabilidad ni sentido. En este contexto, el matrimonio y la paternidad parecen más cargas que metas deseables.

El fenómeno trasciende las consideraciones económicas inmediatas y aborda cuestiones existenciales más profundas. Cuando una joven socióloga de la Universidad de Yale impartió conferencias en China sobre fertilidad, muchos asistentes le preguntaron por qué había elegido tener hijos, considerando la decisión incomprensible ante la perspectiva de un futuro sombrío. Esta actitud representa un cambio radical respecto a las generaciones anteriores, para quienes la continuidad familiar era un valor incuestionable.

La respuesta del gobierno se centra en incentivos económicos y campañas que animan a

las mujeres a "regresar a la familia", reforzando los roles de género tradicionales sin abordar las raíces culturales y emocionales del descontento. Los hombres se enfrentan a crecientes presiones financieras con un apoyo institucional mínimo, mientras que las mujeres cargan con la responsabilidad de cuidar a sus hijos sin un apoyo efectivo. Las políticas actuales corren el riesgo de agravar el problema, haciendo que la paternidad sea aún menos atractiva para una generación ya desilusionada.

El declive demográfico de China representa una forma de resistencia pasiva masiva, donde la abstención de procrear se convierte en una expresión de desconfianza en el sistema. La generación que supuestamente debe asegurar la continuidad del país ha optado por interrumpir voluntariamente la transmisión generacional, un fenómeno que trasciende la racionalidad económica para alcanzar el significado existencial. Los jóvenes chinos se niegan a tener hijos no solo por falta de recursos, sino también porque dudan del valor de una vida caracterizada por la competencia extrema y las perspectivas limitadas. La disminución de la tasa de natalidad refleja, por lo tanto, una sociedad que ha perdido la capacidad de imaginar un futuro deseable, donde la esterilidad demográfica refleja una esterilidad aún más profunda de las esperanzas y expectativas colectivas.